

mitió. ¿Qué motivo podía haber para estorbarlo al baron de Lago?

Además, dice el mismo baron que salió de México el día 31, esto es, el mismo día en que lo efectuaron los otros señores. ¿Cuál es, pues, la demora de que se queja, cuando salió en la misma fecha? Advierte que lo hizo por el canal de Chalco, y esto prueba que todas las puertas de la plaza estaban á su disposicion para salir por donde gustara.

Tambien dice el baron de Lago que á su regreso de Querétaro supo en Tacubaya que «yo no pensaba en rendir la plaza, sino que continuaba despojando y torturando á los habitantes de México del modo mas descarado.» Pero como nada de esto es de la incumbencia del citado baron, que no debe ingerirse en negocios ajenos, omito el contestarle. En lugar oportuno hablaré de ello á mis compatriotas, que es únicamente á quienes tengo que dar cuenta de mis actos. Allí se verán las razones que tuve en cada caso, así como que no me separé de la ley dada por el emperador para el estado de sitio de una plaza, en que su comandante puede disponer de cuanto tengan sus habitantes y sea necesario para su defensa.

Y finalmente, el repetido baron hace una relacion de sus trabajos para conseguir la capitulacion de los austriacos que servian en la plaza de México. Ya hablaré de esto á su tiempo.

VII.

Ahora voy á tratar del sitio de México.

Ya se ha visto que luego que por orden del emperador me encargué del gobierno, comencé á luchar con la falta de dinero, dificultad que se agravó en el momento mas crítico, por la separacion inesperada del Sr. Vidaurri, comisionado por S. M. para proporcionar recursos á Querétaro y México, cuya capital no podia ni mantener su guarnicion, estando sitiada, y encontrándose paralizado el comercio y por consecuencia los negocios; así pues, el gobierno no contaba con un centavo.

Tendí la vista á los demás ramos, y todos los encontré en el mismo estado de insuficiencia. El extenso perímetro fortificado de la plaza de México, necesita, como se ha dicho, de veinte mil hombres para cubrirse; doscientas piezas de artillería gruesa para artillarse, inclusa la de reserva en el parque general y en las columnas móviles; una cuadrilla de dos mil operarios para ejecutar diariamente los distintos trabajos que son necesarios en las obras; un cuerpo de ingenieros y otro de ambulancia con el personal y los útiles correspondientes. Una maestranza en que se reponga la artillería y las armas portátiles; una fundicion en que se hagan proyectiles de todas cla-

ses; una fábrica de pólvora en que se elabore la necesaria para reponer el consumo diario en una plaza de esta naturaleza, que hace fuego constantemente de día y de noche en todas direcciones; un almacén de parque que cubra la dotación de las distintas armas en tiempo de guerra y en una plaza sitiada; finalmente, todos los elementos precisos para su defensa.

Y sobre todo, para sostener un sitio es indispensable haber acopiado con anticipación víveres, forrajes y lo demás que es preciso, y hecho salir las bocas inútiles.

Ahora bien: en México no se contaba casi con ninguno de estos elementos: al comenzar el sitio, su guarnición disponible constaba de mil quinientos sesenta y tres infantes, dos mil setecientos sesenta y tres dragones, estando de ellos mil trescientos noventa y uno desmontados, noventa artilleros, un reducido cuerpo de ingenieros con diez y nueve zapadores y veintidos obreros, y otro de ambulancia con muy escaso personal y ochenta y ocho enfermeros, teniendo solo un número de útiles todavía más escaso: no estaba concluida la fortificación, que tenía grandes intervalos abiertos y abandonados, y carecía hasta de los puentes precisos para comunicarse: no había víveres ni forrajes, ni era posible ya en aquellos momentos hacer salir de la plaza las bocas inútiles. No se contaba sino con un

corto número de municiones, no había fábrica de pólvora, no se tenía acopio alguno de los ingredientes necesarios para construirla y no se trabajaba en la maestranza por falta de recursos para ello.

Este es el estado en que me hice cargo de la situación, solo por patriotismo y por el deseo de contribuir al sostenimiento de la causa del orden y defensa de la sociedad; pero convencido de las dificultades con que tenía que luchar, porque me son demasiado conocidas, como que he pasado mi vida en la carrera de las armas.

Sin embargo, comenzaron las operaciones del sitio y el enemigo encontró por todas partes la plaza inaccesible, porque se habían construido ya todas las obras necesarias, que se aumentaron y mejoraron diariamente. Se aumentó también considerablemente la artillería de las líneas, montándose en la Ciudadela todas las piezas necesarias hasta dejar la plaza en perfecto estado de defensa; se preparó todo para esperar el asalto, que habría sido rechazado con gloria: se fundieron y rayaron cañones; se construyeron muchos montajes; se fabricaron y recompusieron armas portátiles de todas clases; se montó una fábrica de pólvora, y tanto dentro como fuera de ella, se construyó toda la necesaria para sostener el fuego hasta el término del sitio; se impidió al enemigo el establecimiento de sus paralelas; se le rechazó en todos sus ataques; se hicieron

salidas con buen éxito demoliéndole varias veces sus fortificaciones; se conservó la plaza hasta el último momento sin perder un solo palmo de terreno, y se cubrieron diariamente con toda puntualidad los haberes de la guarnición, los gastos de artillería y de maestranza, y los demás que eran precisos en aquellas circunstancias.

Antes de pasar adelante, quiero cumplir aquí con el grato deber de dar las gracias, con toda la expresión de mi gratitud, tanto á las autoridades como á mis compañeros de armas, por sus esfuerzos de toda especie para secundarme en esta empresa. La fé mas grande, la confianza mas absoluta, la abnegación mas completa, la mayor actividad, la mas grande asiduidad en el trabajo, y sobre todo, la mas cumplida lealtad resaltó mas y mas aquella vez en mis dignos compañeros. El oro que se ofreció profusamente como premio de la traición, no encontró mas que el desprecio de militares honrados que solo saben pelear y morir en cumplimiento de su deber. Las maquinaciones de toda especie que se pusieron en juego para engañar y seducir á los incautos, se estrellaron ante el buen juicio de los defensores de la plaza. Y ni el espectáculo del hambre, ni la idea de la muerte, ni el pensamiento de un porvenir lleno de horrores, pudo nunca enfriar ni por un momento la bravura de mis bizarros compañeros, en quienes crecía el valor y la resolución

á proporcion que la situación se hacia mas crítica, peleando siempre con mayor denuedo y venciendo al enemigo en todas partes.

Pero por grandes que fuesen los sacrificios que se hicieron, por mucho que se hubiesen vencido las dificultades de la situación, aunque el gobierno estuviese animado de la mayor energía y aunque defensores y defendidos todos estuvieran resueltos á morir antes que ceder; sin embargo, llegó el momento en que aquel estado de cosas tocó á su término porque no era posible prolongarlo. Habia concluido el dinero, y todos los esfuerzos que se hacian eran inútiles para encontrar con qué socorrer al soldado. El ministerio de la época á que me refiero es testigo de que tanto á su presidente cuanto al encargado del ramo de Hacienda, transmití las facultades que el emperador me concedió con el objeto de que proporcionasen recursos, y todos sus afanes fueron estériles hasta confesarme la imposibilidad de conseguirlos: habian concluido los víveres y forrajes, y el general en jefe, el prefecto político, el alcalde municipal y el proveedor del ejército presenciaron cuanto se hizo para subvenir á estas necesidades, siendo todo infructoso, hasta el grado de haber recorrido el comercio dicho proveedor, con una talega de pesos, en busca de víveres para el rancho de la tropa, pagándolos al contado y á cualquier precio, y regresar á la proveeduría con el di-

nero sin haber podido emplearlo, porque en todas las tiendas le presentaron los semilleros y las bodegas vacías.—Véase lo que dice en su parte respectivo de 18 de Junio:

Habiéndose agotado ya todas las existencias en esta proveeduría, me he dirigido personalmente al comercio con una talega de pesos para comprar, aunque sea parcialmente, las semillas que se me proporcionaran; pero todo ha sido inútil, porque las tiendas no tienen qué vender.

Todos vieron en México levantarse al pueblo en masa pidiendo pan, y arrojarse como fieras hambrientas despedazando las puertas de las tiendas para buscarlo; todo el comercio estaba cerrado y casi todos los habitantes de la ciudad habían salido de ella ó estaban ocultos.

Además, casi se habían concluido las municiones, porque ni la fábrica de pólvora podía dar lo bastante para reponer el consumo diario, ni la tesorería podía gastar con la abundancia necesaria para proporcionar este artículo de los diversos polvoristas, que no podían fabricarla sin dinero. No se podían hacer salidas de grandes resultados porque no había fuerza para ello: no se contaba ni con el total de la escasa guarnición, porque su tercera parte estaba sin armas; no se podía reunir toda y librar una batalla, porque si se hubieran desguarnecido nuestras líneas, el enemigo habría penetrado hasta el centro de la plaza antes que nosotros hubiésemos comenzado el

combate. Finalmente, no se podía ni continuar esperando un asalto por las razones dichas, y tanto mas cuanto que los esfuerzos inútiles del sitiador, durante tanto tiempo, habían probado sobradamente que no llegaria este caso, porque convencido de su derrota tenia resuelto no darlo, y esperaba apoderarse, por el hambre, de una plaza que jamás hubiera arrancado con las armas á sus valientes defensores.

Se ha dicho despues que el enemigo obró de este modo calculando que así lograria la rendicion de la plaza sin el derramamiento de sangre necesario en un asalto; pero esto no es cierto, como paso á demostrarlo. En primer lugar, pendiente el sitio de Querétaro porque Escobedo no podia tomar aquella ciudad, natural y debido era violentar las operaciones del de México, para terminarlo cuanto antes y marchar á reforzar á los sitiadores de Querétaro. En segundo lugar, como la guerra es tan caprichosa y la victoria no se debe siempre al valor ó á la inteligencia, al número, á la posicion ó á los elementos, sino que se alcanza muchas veces por acontecimientos inesperados, se debió considerar como muy posible el caso de que á la hora menos pensada Escobedo fuese derrotado, ó se viese en la necesidad de levantar el sitio por no haber ido á auxiliarlo Porfirio Diaz. En tercer lugar, ningun sitiador renuncia voluntariamente la gloria de tomar la plaza que sitia por la